

Las Aventuras Americanas de Ullman y de Heimlap

Por Jacques de Mahieu
1974

1. El País de los Antepasados

La presencia en el Nuevo Mundo, antes del Descubrimiento, de hombres Blancos de apariencia nórdica no tiene como único respaldo los testimonios históricos y las pruebas antropológicas que reseñamos en los capítulos anteriores; también la mencionan, en efecto, las tradiciones de los pueblos civilizados de las tres Américas.

La palabra "tradición" no debe llamarnos a engaño. Los relatos que indígenas cultos hicieron a los cronistas españoles inmediatamente después de la Conquista y los textos que redactaron entonces, en castellano o en idiomas locales, indios en cierta medida hispanizados no se referían a meras leyendas oralmente transmitidas generación tras generación, pues los pueblos de Mesoamérica tenían libros de Historia escritos con caracteres ideográficos y los del Perú, quipus, conjuntos de piolines con nudos, que constituían para los amautas, especializados en su composición e interpretación, una base mnemónica segura.

La extraordinaria coincidencia e ilación de tradiciones que pertenecían a pueblos tan distintos y tan alejados los unos de los otros - hayan tenido o no contactos esporádicos - como los nahuas y los quechuas, casi excluye, por otra parte, la posibilidad de que se trate de simples productos de la imaginación o de mitos carentes de fundamento reales.

Ahora bien; sabemos por los cronistas y por los Conquistadores mismos que los indígenas no se asombraron de la llegada de los españoles ni intentaron seriamente ofrecerles resistencia.

Cortés entró en Tenochtitlán (la actual ciudad de México) con 400 hombres y Pizarro emprendió la conquista del Perú con 177 oficiales y soldados. En todas partes, los recién llegados, blancos y barbudos, fueron considerados como "Hijos del Sol" y se les rindió pleitesía como a dioses.

La explicación de semejante actitud la encontramos claramente expuesta en el discurso que Moctezuma pronunció ante Cortés, cuando lo fue a visitar en el palacio de su padre Axaiaca, que había puesto a la disposición de sus huéspedes: "...(Os tengo) a vosotros por parientes; ca, según mi padre me dijo, que lo oyó también del suyo, nuestros pasados y reyes, de quien yo desciendo, no fueron naturales de esta tierra, sino advenedizos, los cuales vinieron con un gran señor, y que donde a poco se fue a su naturaleza; y que al cabo de muchos años, tornó por ellos; más no quisieron ir, por haber poblado aquí, y tener ya hijos y mujeres y mucho mando en la tierra.

Él se volvió muy descontento de ellos, y les dijo a la partida que enviaría sus hijos a que los gobernasen y mantuviesen en paz y justicia, y en las antiguas leyes y religión de sus padres. A esta causa pues hemos siempre esperado y creído que algún día vendrían los de aquella parte a nos sujetar y mandar, y pienso yo que sois vosotros, según de donde venís..." Tampoco se sorprendió el emperador inca Huaina Kapak cuando, en 1523, ocho años antes de la llegada de Pizarro, recibió la noticia de que "gente extraña y nunca vista en aquella tierra" - era la expedición de Vasco Núñez de Balboa - andaba en un navío por la costa Norte del Perú.

Moribundo, reunió a sus hijos, sus capitanes y los jefes indígenas que lo acompañaban y les dijo: "Muchos años ha que por revelación de Nuestro Padre el Sol tenemos que, pasados doce reyes

de sus hijos, vendrá gente nueva y no conocida en estas partes y ganará y sujetará a su Imperio todos nuestros reinos y muchos otros; yo me sospecho que serán los que sabemos que han andado por la costa de nuestro mar; será gente valerosa que en todo os hará ventaja.

También sabemos que se cumple en mí el número de los doce reyes. Os certifico que, pocos años después de que me haya ido de vosotros, vendrá aquella gente nueva, y cumplirá lo que Nuestro Padre el Sol nos ha dicho, y ganará nuestro imperio y serán señores dél. Yo os mando que les obedezcáis y sirváis como a hombres que en todo os harán ventaja; que su ley será mejor que la nuestra, y sus armas poderosas e invencibles más que las nuestras.

Quedaos en paz, que yo me voy a descansar con mi padre el Sol que me llama". Este testimonio no es tan preciso como el anterior, tal vez por la trasmisión oral que lo hizo llegar a oídos del cronista; pero no deja de ser significativo, pues Huayna Kapak no habría podido esperar a la "gente nueva" de no haber tenido anteriormente su pueblo o su linaje algún contacto con ella.

El llamado Popol Vuh, texto quiché-maya de que nos ocuparemos en el próximo capítulo, nos proporciona indicaciones que aclaran singularmente los relatos anteriores: "¿Qué hemos hecho, decían los sacerdotes? ¿Cómo hemos podido abandonar a nuestra patria, a Tulán-Zuiva? ¡Y nuestros dioses, los que trajimos desde aquellas tierras del Oriente, yacen ahora entre las parásitas y el musgo de los árboles, sin tener siquiera una tabla en qué descansar!".

¿De dónde habían venido los antepasados de Moctezuma y de los quichés?

Las tradiciones azteca y maya dan la respuesta a través de las versiones complementarias de casi todos los cronistas. Éstos se refieren al lejano país de origen de los toltecas, el pueblo civilizador por excelencia del Anáhuac, cuya acción se proyectó hasta el país maya.

El príncipe azteca hispanizado Ixtlilxóchitl nos habla de la grande y opulenta ciudad de Tula, antiquísima capital de los toltecas antes de su llegada a México. Nos describe sus templos y sus pirámides dedicadas al Sol y a la Luna.

Menciona su religión, exenta de todo culto sangriento, y su elevado nivel cultural. Un canto fúnebre tolteca agrega un detalle altamente significativo, como veremos: había en Tula un templo de madera, material éste que ningún pueblo náhuatl ni maya empleó jamás para la construcción de sus edificios religiosos.

El padre Bernardino de Sahagún, historiador de los mayas, también transcribe tradiciones indígenas relativas a Tula, cuyo nombre adopta, al cambiar el idioma, las formas de Tolán y Tulán.

Según éstas, la ciudad sagrada se encontraba en un verdadero paraíso terrenal. Sus ricos palacios de jade y de concha blanca y rosa estaban rodeados de campos donde las espigas de maíz y las calabazas alcanzaban el tamaño de un hombre y donde el algodón crecía de todos los colores.

Era el "país de Olman". Había en él caucho y cacao en abundancia y sus habitantes llevaban joyas incomparables y lujosa vestimenta, inclusive sandalias de goma.

Notemos de inmediato que la descripción de Sahagún no es sino la de un país de ensueño, tal como podía imaginarse un pueblo tropical. Lo que quedaba, para los mayas, de la tradición de Tula era simplemente el recuerdo, embellecido por una fantasía basada en la realidad vivida, de la tierra lejana de donde habían venido, no sus propios antepasados, sino los de los toltecas.

Pues no hay duda alguna de que éstos llegaron al Yucatán desde el Anáhuac, como habían llegado anteriormente a los valles mejicanos desde el Norte. Se trataba, pues, de una tradición ajena, y no es de extrañar que se haya modificado profundamente con el tiempo.

Enterarse de que los toltecas, de quienes sabemos que entraron en el territorio de México en el siglo IX, procedían de un país lejano no carece, por cierto, de interés.

Pero mucho más importante sería establecer dónde estaba situada Tula.

En vano se ha tratado de identificarla con Teotihuacán o Xicotitlán, pero estas ciudades que los toltecas ocuparon a su llegada al Anáhuac se hallaban, respectivamente, a 50 y 100 kms. de Tenochtitlán y difícilmente pueden ser consideradas como capital de un país lejano. El problema queda planteado, pues, y sólo por deducción podemos llegar a una hipótesis al respecto.

El ya mencionado detalle del templo de madera nos suministra una indicación preciosa. La única región donde existía, en la Edad Media, este tipo de edificio religioso era, en efecto, Escandinavia. Si consideramos que la ciudad donde se encontraba el templo en cuestión se llama Tula, palabra ésta extrañamente parecida a Thule, nombre primitivo de las tierras del Gran Norte europeo, los hechos relatados por los cronistas empiezan a tomar cierto sentido.

Hay más todavía: el nombre del "país de Olman" - a veces, "Oliman" u "Oloman" - de donde, para los mayas, venían los toltecas.

Se quiso hacer derivar Olman de *ulli* u *olli* - la *u* y la *o* se confunden en los idiomas americanos - palabra maya que significa "caucho" y que el castellano incorporó con la forma hule y, por lo menos en México, con el mismo sentido.

Esta interpretación no es imposible, por supuesto, pero sí altamente improbable. Pues, para los mayas, el caucho era un producto de lo más común que no podía de ninguna manera constituir la característica esencial de una tierra lejana y extraordinaria.

Lo lógico sería que Olman - o Ulman - en la expresión empleada por Sahagún, se refiriera al nombre del país de donde procedían los recién llegados o al nombre del jefe de estos últimos.

Ahora bien: Ull o Ullr es, en la mitología nórdica, el dios de los cazadores. Ullman significa, pues, en cualquiera de los idiomas germánicos, "el hombre de Ull", nombre o apodo adecuado para un guerrero escandinavo.

Agreguemos que las crónicas también dan otro nombre al país de origen de los toltecas. Lo llaman Zuyua o Zuiva, según las transcripciones.

Se trata evidentemente de la misma palabra, escrita con una *u* o una *v*, pero esta variación ortográfica nos impide saber cuál era su pronunciación. De cualquier modo, el nombre no es náhuatl ni maya. Encontramos, por el contrario, posibles raíces en el antiguo escandinavo: *sol*, *sol*, y *huitr* - o *hvitr* - blanco. El "sol blanco" es el del alba, que aparece en el Oriente.

Tal vez no sea por casualidad, pues, que Quetzalcóatl, el Dios Blanco de los nahuas, tenga entre sus apodos más comunes, el de "Señor de la Aurora" y que Manko Kapak, el Hijo del Sol fundador del imperio incaico, haya salido, al comienzo de su empresa, de un lugar llamado Pakkari Tampu, vale decir Albergue de la Aurora.

Por supuesto, tales argumentos etimológicos son extremadamente dudosos si los exponemos de modo aislado y, en este punto de nuestra búsqueda, el lector tendría todo el derecho de considerarlos descabellados.

Pero vamos a ver que no hacen sino confirmar pruebas de naturaleza muy distinta.

2. Quetzalcóatl, el Rey Blanco de los Toltecas

La historia del pueblo tolteca es muy breve.

Se inició en 856 de nuestra era, cuando los recién llegados al Anáhuac empezaron a construir, al Norte de la actual ciudad de México, un gran centro urbano. Diez reyes se sucedieron hasta 1174, año en que los chichimecas tomaron e incendiaron la ciudad. El quinto soberano, que reinó en la

segunda mitad del siglo X, nos interesa particularmente: era blanco y barbudo y venía de un país lejano.

Los toltecas, que lo llamaban Quetzalcóatl, lo consideraban un dios, hijo del Sol. A él debían su alta cultura, su religión, sus leyes, su calendario, y también las técnicas de la agricultura y las artes de la metalurgia.

Quetzalcóatl había desembarcado en Panuco, sobre el Golfo de México, con un grupo de guerreros blancos y barbudos como él. Después de subir hasta la meseta del Anáhuac, se había impuesto a los toltecas, convirtiéndose en su rey.

Unos veinte años más tarde, emprendió, con un grupo de los suyos, una expedición al Yucatán, donde sólo permaneció unos años.

De regreso al Anáhuac, se encontró con que los guerreros blancos que había dejado al mando de un lugarteniente - que los nahuas llamarán Tezcatlipoca y del que harán el dios solar de la descomposición (el Sol putrefactor) se habían casado con mujeres indígenas.

Quetzalcóatl trató vanamente de imponer su autoridad. Sus hombres se dividieron en dos grupos. Con los que le quedaron fieles, el rey bajó hasta la costa del Atlántico, en la desembocadura del río Coatzacoalcos. Aquí, las tradiciones divergen. Una dice que desapareció sin que nadie se diera cuenta de cómo lo hizo. Otra, que murió y que su cuerpo fue quemado.

Una tercera, que construyó un "barco de serpiente", se reembarcó con los suyos y desapareció por el mar. Sin embargo, casi todos los relatos coinciden en un punto: Quetzalcóatl anunció que, un día, hombres blancos y barbudos como él llegarían del Oriente para vengarlo y dominarían el país.

Acerca de la personalidad del rey de los toltecas, no queda duda alguna. Quetzalcóatl fue un personaje histórico de raza blanca, que en poco más de dos decenios transformó e incrementó, con su enseñanza, la cultura del Anáhuac. Había llegado del Este por el mar y se fue hacia el Este, lo que excluye toda posibilidad de que se tratara de un mito solar. Pues, en este último caso, habría desaparecido en dirección al Oeste.

El motivo de su partida fue de orden racial: no pudo soportar la mestización, de parte de sus compañeros y los abandonó a su suerte para salvar la pureza de sangre de los que permanecían leales a su estirpe. La impresión que dejó en los indígenas su breve reinado fue tal que éstos lo incorporaron a su mitología, como veremos en el próximo capítulo.

El había establecido el culto del Sol: ellos lo consideraron encarnación de su nuevo dios.

¿Qué significado tiene el nombre del rey blanco? *El quetzal* es un pájaro mejicano (trogon *splendens*) de magnífico plumaje verde. *Cóatl* quiere decir serpiente. Quetzalcóatl se traduce, pues, por serpiente-pájaro y, menos literalmente, por serpiente emplumada.

Es éste un nombre extraño para un rey como para un dios, aun teniendo en cuenta la fértil imaginación de los indios. Y tanto más cuanto que la expresión parece haberse aplicado no solamente al jefe blanco sino, en cierta medida, a todos los forasteros e inclusive, posteriormente, a los descendientes de los que permanecieron en el Anáhuac.

Tal vez nos ayude a comprenderlo la apariencia que podía tener, para los indígenas, un barco vikingo, con su proa levantada y afilada, su gran vela cuadrada y, en sus bordas, los escudos relucientes en el Sol. No era sin razón que los escandinavos llamaban *snekkar*, serpientes, a sus barcos de menor tamaño que sus grandes drakkar.

La hipótesis es reforzada por las descripciones que las crónicas nos dan de Quetzalcóatl.

Todos nos lo muestran como un hombre Blanco, de elevada estatura y larga barba. Pero la unanimidad se detiene en esta apariencia física. Los textos no se ponen de acuerdo en cuanto a su vestimenta. Según algunos, llevaba un largo vestido blanco y, encima, una manta sembrada de cruces coloradas, usaba sandalias, cubría su cabeza con una especie de mitra y tenía en la mano un báculo.

Otros lo pintan como vestido de una casaca de tela negra grosera, con mangas cortas y anchas, y cubierto con un casco ornamentado con serpientes.

Tampoco coinciden las definiciones psico-sociales del personaje. Por un lado, en efecto, Quetzalcóatl aparece como un sacerdote de costumbres austeras. No tenía mujer ni hijos y se entregaba, en la montaña, a prácticas ascéticas. La religión que predicaba no debía de parecerse mucho a la que encontraron los españoles, pues prohibía terminantemente los sacrificios humanos.

Por otro lado, Quetzalcóatl era un temible guerrero que no reparaba en los medios para alcanzar la victoria.

Al comprobar esta antinomia, que la iconografía azteca confirma (ver Fig. 8), se tiene la impresión de estar frente a dos personajes distintos que se superpusieron a lo largo del tiempo y se confundieron en un nombre genérico que expresaba su origen común y dejaba a un lado sus respectivas características peculiares.

Lo cual está confirmado por las tradiciones mayas que se refieren claramente a dos dioses Blancos distintos.

3. Itzamná y Kulkán, los Dioses Blancos Mayas

Los mayas del Yucatán recordaban dos llegadas sucesivas de hombres blancos y barbudos.

La primera - la Gran Llegada - fue la de un grupo encabezado por un sacerdote, Itzamná, que vino por mar desde el Oriente. El jefe tenía todas las características físicas y morales del Quetzalcóatl ascético.

Dio a la población sus dogmas y sus ritos, sus leyes y calendario, y también la escritura. Le enseñó las virtudes medicinales de las plantas y le transmitió el arte de curar.

La segunda llegada, que fue posterior - la Última Llegada - trajo al Yucatán un grupo menos numeroso, conducido por un guerrero blanco y barbudo, Kulkán, que vino del Oeste - vale decir del Anáhuac - tomó el mando de los itzáes que, verosíblemente, lo habían llamado y con ellos sometió todo el país, en el cual fundó, sobre las ruinas de un poblado anterior, la ciudad de Chichén-Itzá.

Así estableció la paz y la prosperidad. Pero una sublevación indígena lo obligó a reembarcarse.

Es de notar que el nombre de Kulkán es la exacta traducción de Quetzalcóatl: *Kukul* es el pájaro quetzal y *kan* significa serpiente.

No nos extrañará pues, comprobar que en las tradiciones mayas, si bien Kulkán siempre es distinto, como personaje histórico y como dios, de Itzamná, adquiere a veces las características de este último.

Quetzalcóatl y Kulkán son la misma persona, pero el primero representaba, para los nahuas, a la vez el sacerdote y el guerrero, que los mayas seguían distinguiendo. De ahí que los relatos nos describan a Kulkán como si se tratara de Itzamná: ascético, humanitario y con un largo vestido blanco flotante.

El proceso de unificación de los dos personajes estaba en marcha, pero no tuvo tiempo de completarse.

La confusión aparece otra vez como total entre los tzendales del Chiapas, pueblo de habla maya instalado al Oeste del Yucatán. Allí llegó, en una época indeterminada, un civilizador extranjero que trajo, con el orden y la paz, el calendario, la escritura y las técnicas de la agricultura, sin hablar de las creencias y ritos religiosos.

Él y sus compañeros usaban largos vestidos blancos flotantes. Terminada su misión, el dios blanco dividió la región en cuatro distritos, cuyo gobierno encargó a subordinados suyos, y entró en una cueva, desapareciendo en las entrañas de la tierra.

El nombre que los *tzendales* daban a Kulkán no deja de llamar la atención: Votan o Uotán, como el dios germano Wotan, Wuotan o Voden, también conocido como Odín.

4. Bochica, el Dios Blanco de los Muiscas

Con distintos nombres y características menos definidas, podemos encontrar al dios blanco y barbudo en casi todas las regiones de Centroamérica.

Condoy sale de una cueva entre los zoques de la costa, al pie de las sierras de Chiapas. En Guatemala, los quichés lo llaman Gucumatz - traducción de Kulkán - e Ixbalanqué.

Las tradiciones de los cunas, de Panamá, lo mencionan, pero sin nombre. Tal vez se trate de una mera asimilación por contacto. Pues si es lógico que Itzamná o Quetzalcóatl haya, desde el Yucatán, recorrido Chiapas y hasta Guatemala, regiones de población maya, parece improbable que haya viajado más al Sur.

En cuanto a Quetzalcóatl, sabemos que se quedó sólo pocos años en Centroamérica y pronto volvió al Anáhuac.

De cualquier modo, no fue por el Istmo que Quetzalcóatl - y tal vez, anteriormente, Itzamná, sobre quien, por más antiguo, estamos mucho peor informados - alcanzó América del Sur donde lo encontramos en las tradiciones de los muiscas o chibchas, con los nombres de Bochica, Zuhé (o Sua, o Zué) y Nemterequetaba, y también con el apodo de Chimizapagua, palabra que parece significar Mensajero del Sol.

Pues Bochica entró en la actual Colombia por Pasca, después de haber cruzado los llanos de Venezuela, donde encontramos su recuerdo, como en muchas tribus tupi-guaraníes, hasta el Paraguay, con los nombres de Zumé, Tsuma, Temú y Turné; pero nada más que su recuerdo, lo cual no deja, con todo, de plantear un problema, pues parece difícil que se haya producido una difusión por simple contacto a través de la selva amazónica.

Bochica era un hombre de raza blanca, con abundante cabellera, larga barba y vestido flotante, conforme a las descripciones anteriores. Encontró a los muiscas en un casi competo estado salvaje.

Los agrupó en pueblos y les dio leyes. Cerca de la aldea de Coto, los indios veneraban una colina desde la cual el civilizador predicaba a las muchedumbres reunidas en su base.

5. Huirakocha, el Dios Blanco Peruano

¿A dónde se fue Bochica? Las tradiciones son vagas y contradictorias al respecto.

Tenemos motivos para suponer, sin embargo, que embarcó con su gente en el Pacífico, pues vemos a los blancos barbudos llegar, en canoas "de piel de lobo" (o sea en barcos semejantes a los grandes umiaks de los esquimales o a los curachs irlandeses), a la costa del actual Ecuador.

Como lo habían hecho al desembarcar en el Golfo de México y como lo harán en el Perú, y verosímilmente por las mismas razones climáticas, abandonan rápidamente la zona tórrida y se instalan en la meseta andina, donde fundan el reino de Kara - o de Quito - que más tarde los incas anexarán a su imperio. No sabemos nada de sus actividades.

Sólo nos queda el título que ostentaban sus reyes: se hacían llamar Sciri - o Scyri.

Esta palabra no tiene sentido alguno en quechua - el idioma de la región - pero en antiguo escandinavo *skirr* significa "puro" y *skírri*, "más puro". En la época cristiana, *skíra*, "purificar", tomará el significado de "bautizar" y se llamará a Juan el Bautista como Skíri-Jón.

Estamos mejor informados sobre la etapa siguiente de nuestros viajeros: la costa del Perú donde, desde hacía siglos, estaba establecido el pueblo chimú. El P. Miguel Cabello de Balboa, cronista del siglo XVI, relata en efecto que, según la tradición local, había venido del Norte una gran flota al mando de un poderoso jefe, Naylamp, al que secundaban ocho dignatarios de su casa real.

La expedición había tocado tierra en la desembocadura del río Paquisllanga (Lambayeque). Naymlap se había adueñado del país y sus descendientes lo habían gobernado hasta la conquista de la región por el emperador inca Tupak Yupanki, al final del siglo XV.

No sabemos a ciencia cierta en qué época sucedió la llegada de la flota en cuestión, pero podemos deducir el dato de la historia misma de los chimúes, pues el imperio del Gran Chimú desapareció repentinamente y con un cambio de dinastía, alrededor del año 1000, lo que corresponde perfectamente, como veremos más adelante, con la cronología mesoamericana.

La tradición relatada por Balboa no nos dice quiénes eran Naylamp y sus compañeros.

Pero el nombre del jefe "venido del Norte", tiene, para aclarar este punto, un valor inestimable, pues se vincula indudablemente con algún pueblo germano. *Heim* - que se pronuncia casi como *naym* en español - significa en efecto, tanto en antiguo alemán como en antiguo escandinavo, "hogar" o "patria", mientras que *lap* se traduce por "pedazo".

Heimlap - Pedazo de Patria - podría perfectamente haber sido el apodo dado al jefe de una colonia nórdica establecida en el suelo americano, o el nombre de esta misma colonia, confundido por la tradición indígena con el de su fundador.

También es posible que Naylamp sea una deformación de Heimdallr, dios guerrero de la mitología escandinava. Ésta lo llama "Centinela de los dioses", por estar encargado de vigilar, durmiendo siempre con un ojo abierto, la entrada del Cielo, y también "Enemigo de Lóki" - el dios malo - porque, dios del fuego como este último, pero del fuego benéfico, aniquilará, cuando el Ocaso de los Dioses, al dios infernal y será aniquilado por él.

Pero su apodo más común es el de "dios blanco", lo cual explica suficientemente por qué, en tierras indias, un *jarl* vikingo haya podido usar su nombre. Notemos, en respaldo de esta segunda hipótesis, que la deformación de *dallr* en *lap* es insignificante si consideramos que la palabra, de difícil pronunciación, se transmitió entre los indígenas, por vía oral, durante siglos y que sólo la conocemos a través de la transcripción fonética de un religioso que no tenía, por cierto, ningún conocimiento de filología.

Agreguemos que el dios de los chimúes se llamaba Guatán, nombre éste que se parece mucho al de Votan o Uotán, y era dios de la Tempestad, como el Votan mesoamericano y como el Wotan u Odín germánico.

Volvemos a encontrar a hombres blancos barbudos más al Sur, en el altiplano del Perú, a orillas del lago Titicaca, a donde, según el cronista Velasco, habían llegado por el mar desde el Ecuador.

Los españoles, poco después de la Conquista, encontraron las enormes ruinas de Tiahuanacu, y los indios aseguraron que ya estaban allá cuando se fundó el imperio de los incas.

Los monumentos no eran obra de los pueblos indígenas sino de hombres Blancos que, primitivamente instalados en la Isla del Sol, en medio del lago, habían poco a poco civilizado la región.

La tradición los menciona con el nombre de *atumuruna*, acerca de cuyo sentido los estudiosos del idioma quechua no consiguen ponerse de acuerdo.

Brasseur de Bourbourg ve en esta palabra una deformación de *hatun runa*, hombres grandes, mientras que Vicente Fidel López traduce literalmente "pueblo de los adoradores - o de los sacerdotes - de Ati", vale decir de la Luna decreciente.

La dificultad procede de la imprecisión con la cual los cronistas transcribieron los términos indígenas, lo que es muy explicable, por lo demás no sólo el quechua no se escribía en la época de la Conquista, sino que el alfabeto latino no conseguía expresar fielmente todos los sonidos del idioma. Esto, sin hablar de la dicción apagada que caracteriza aún hoy a los indios del Altiplano, que pronuncian todas las vocales no acentuadas más o menos como la "e" muda francesa.

Tratándose del nombre quechua de los hombres Blancos de Tiahuanacu, tenemos derecho a preguntarnos si *atumuruna* no debería leerse en realidad *atumaruna*, lo que significa "hombres de cabeza de luna", expresión equivalente al "cara pálida" de los indios norteamericanos.

Tenemos un ejemplo de confusión entre la "a" y la "u" en la misma palabra. Según Garcilaso, los españoles llamaban Vilaoma al Sumo Sacerdote del Sol, en lugar de Villak Umu. Y veremos más adelante que los cronistas dan indiferentemente a una de las fiestas incaicas los nombres de Umu Raymi o de Urna Raymi.

De cualquier modo, la referencia a la Luna decreciente parece poco aceptable, pues sabemos a ciencia cierta que los hombres Blancos del Titicaca adoraban al Sol (Inti) y la Luna (Quilla) y que Ati no era para ellos sino una divinidad secundaria.

En cuanto a la interpretación de Brasseur de Bourbourg, no es de descartar, ni mucho menos, especialmente si se toma en cuenta que *hatun* parece proceder de *yotun*, gigante en antiguo escandinavo.

Más importante que el nombre quechua de los primeros pobladores de Tiahuanacu es el de su jefe, Huirakocha, que los españoles escribían Viracocha. Nos encontramos a su respecto con las interpretaciones más fantasistas. Algunos traducen "espuma (Huir) del mar (kocha)". El cronista Montesinos, llevado por su imaginación abusiva, no vacila ante una trasposición más bíblica: "espíritu del abismo".

Desgraciadamente para él, el inca Garcilaso, cuya lengua materna era el quichua, hace notar que, en ese idioma, el genitivo precede al sustantivo que complementa y, por otro lado, se muestra más prosaico: Huirakocha significaría "mar de sebo". ¡Es éste, admitámoslo, un extraño nombre para un dios!

Tal vez sea oportuno buscar una etimología que corresponda al presumible idioma de los recién llegados.

A título de mera hipótesis, pues en el campo de la filología - y volveremos sobre el asunto a principios del capítulo V - toda prudencia es poca, notaremos entonces que *huitr*, o *hvittr*, palabra ésta que cualquier indio del Altiplano pronunciaría *huir*, significa "blanco" en antiguo escandinavo y *god*, "dios". El sonido particular que tiene la *d* (idéntico al de *th* en inglés) en esa lengua existe en el quichua, pero no en el castellano.

Es normal que, en este último idioma, se haya convertido en ch.

Sin embargo, las tradiciones peruanas no concuerdan más que las mesoamericanas en lo que atañe a la personalidad y apariencia del Hijo del Sol. Guerrero para algunos cronistas, Betanzos, que estaba casado con una indígena y estaba así en estrecho contacto con los quechuas, describe a Huirakocha como a un sacerdote tonsurado, blanco y con barba de un palmo, vestido con una sotana blanca que le caía hasta los pies y portador de un objeto parecido a un breviario.

Veremos más adelante que no se trataba del producto de su imaginación.

Notemos que en aymará, idioma de los indios del Altiplano boliviano, sometidos por los incas, el nombre de Huirakocha era Hyustus, según la transcripción española, y se pronunciaba exactamente como el latín *justus*.

Los atumuruna impusieron su autoridad a las tribus aymarás y quechuas, extendiendo su imperio hasta más al norte del Cuzco. Al mismo tiempo, construyeron la ciudad de Tiahuanacu, que no llegaron a terminar. Lo que los incas y, más tarde, los españoles encontraron no fue un conjunto de edificios en ruina, sino un obrador. Un cacique indígena de Coquimbo, Cari, se sublevó en efecto contra la dominación de los Blancos.

Vencidos en sucesivas batallas, éstos se replegaron en la Isla del Sol, donde tuvo lugar el último combate, que fue también para ellos una derrota. Los indios degollaron a la mayor parte de los varones. Sólo unos pocos consiguieron huir.

Emprendieron viaje hacia el Norte y llegaron al actual Puerto Viejo, en la provincia ecuatoriana de Manta, donde se encontraba la madera especial con la cual se construían las balsas. Y Huirakocha "se fue caminando sobre el mar". No pereció en el viaje.

Pues sabemos de su llegada a la Isla de Pascua y a los archipiélagos polinésicos, donde sus descendientes se recuerdan con el nombre de arii. No hace falta insistir sobre este punto, perfectamente demostrado por Thor Heyerdahl.

El cacique Cari, vencedor de los Blancos, permanece aún en la memoria de los indios bolivianos. Es para ellos lo que Atila para los franceses, y las madres amenazan con él a sus hijos, como los europeos con el "hombre de la bolsa" o el "croquemitaine".

¿Pero el degollador de los atumuruna se llamaba realmente Cari, o se le dio el nombre conocido de algún genio maléfico?

Nos lo podemos preguntar, pues Kari, en la mitología escandinava es el siniestro gigante de la tempestad, de muy mala fama: se lo llamaba "él devorador de cadáveres".

6. Los Incas, Hijos del Sol

La derrota y eliminación de los atumuruna hundió al Perú en el caos.

Huyendo de los invasores, la población se dispersó y no tardó, según el relato que Garcilaso pone en boca de un tío suyo, en volver al estado salvaje: "Las gentes en aquellos tiempos vivían como fieras y animales brutos, sin religión ni policía, sin pueblo ni casa, sin cultivar ni sembrar la tierra, sin vestir ni cubrir sus carnes, porque no sabían labrar algodón ni lana para hacer de vestir.

Vivían de dos en dos y de tres en tres, como acertaban a juntarse en las cuevas y resquicios de peñas y cavernas de la tierra...".

Sin embargo, no todos los Blancos habían desaparecido.

Un grupo de "hombres del Titicaca", cuatro varones y cuatro mujeres, todos hermanos - vale decir, sin lugar a duda, de la misma raza - se había refugiado en la montaña, detrás de la quebrada del Apurimac, al mando de diez tribus leales.

Reunidos en consejo, los cuatro jefes decidieron: "Hemos nacido fuertes y sabios y, ayudados por nuestros pueblos, somos poderosos. Partamos en demanda de tierras más fértiles que las que poseemos y, al llegar a ellas, sojuzguemos a sus pobladores y demos guerra a quienquiera no nos reciba por señores".

Saliendo de las cuevas de Tampu Toku - el Albergue-Refugio - y después de detenerse un tiempo en Pakkari Tampu - el Albergue de la Aurora - el ejército emprendió su marcha hacia el Cuzco, a unos 40 kilómetros.

Los Blancos y sus guerreros indígenas hicieron varias etapas de unos años, la última en Matahua, en la entrada del valle del Cuzco y, finalmente, reconquistaron la ciudad que había pertenecido a sus antepasados, edificando de inmediato el templo del Sol. Durante el largo viaje, uno de los Blancos, Manko Kapak, se había librado, por medios desconocidos, de sus tres "hermanos" y se había proclamado rey.

Otra versión sólo menciona a él y a su mujer y hermana, Mama Oclo, simplificando así el relato y, probablemente, tratando de echar el manto del olvido sobre las rivalidades internas del grupo. En las tradiciones indígenas, los cuatro varones blancos llevaban mismo título: *ayar*.

La palabra, nos dice Garcilaso, "no tiene significación en la lengua general del Perú (el quichua); en la particular de los incas, la debía de tener".

Señalemos aquí, adelantándonos al capítulo V, que los señores escandinavos se llamaban *jarl*, término éste que se traduce habitualmente por "conde" y cuya pronunciación por un indio quichua sería idéntica, salvo en cuanto a la a aumentativa antepuesta, a la de *ayar*.

A esta similitud se agrega una duda muy seria acerca del significado de Kapak, título de Manko y de todos los emperadores incas, sus sucesores. Garcilaso nos da dos interpretaciones distintas, lo que demuestra su inseguridad al respecto. Por un lado nos dice que Capa Inca significa "Solo Señor" (capa = solo) y, por otro, que Capac tiene el sentido de "rico y poderoso en armas".

Ahora bien: *capa* y *capac* son dos formas de la misma palabra. Nos podemos preguntar, pues, si no correspondería buscar en la "lengua particular" de los incas una acepción más satisfactoria. La encontramos en el viejo escandinavo *kappi*, héroe, campeón, caballero.

El origen del nombre de Manko, que no tiene sentido en quichua, no es menos evidente. Pues, en antiguo escandinavo, *man* significa "hombre" y *ko* parece ser una abreviatura de *konr*, "rey". El fundador de la dinastía incaica se llamaba, pues, "hombre rey": el hombre que se convirtió en rey.

Los descendientes de Manko Kapak y Mama Oclo - o más probablemente los de todos los "hombres del Titicaca" - constituyeron una casta aristocrática: los incas de sangre real, que se casaban exclusivamente entre sí.

Más aún, los miembros de la familia imperial lo hacían entre hermanos, para conservar pura su sangre de "Hijos del Sol". Ahora bien: ¿de dónde viene la palabra inca, que no es quichua ni aymará?

La respuesta es fácil: en el antiguo germano, la desinencia *-ing* servía para designar a los miembros de un mismo linaje, como en las palabras merovingio, carolingio y lotharingio, por ejemplo.

No es por casualidad ni por equivocación, pues, que la mayor parte de los cronistas españoles escriben inga en lugar de inca como lo hacemos hoy en día. Los incas eran, por lo tanto, los Descendientes por excelencia: los descendientes de Manko y de sus "hermanos".

Los soberanos, sin embargo, tenían concubinas que no todas eran de sangre real y, por otro lado, en los comienzos del Imperio, se habían creado "incas de privilegio" entre los jefes indios que habían colaborado en la reconquista.

En la teoría, se trataba de un estrato social situado inmediatamente debajo de los incas de sangre real, con los cuales no se debían mezclar.

De hecho, sin duda alguna, se produjo cierto mestizaje. Los emperadores incas, tales como fueron retratados en los frescos de la iglesia Santa Ana del Cuzco, tenían la tez muchísimo más clara que sus súbditos. No eran blancos puros, sin embargo.

Entre las momias reales encontradas por los españoles, se mencionan como excepciones la de Huirakocha, de pelo rubio muy pálido, y la de su mujer, "blanca como huevo".

7. Itinerario y Cronología

Consideremos ahora el conjunto de las tradiciones que acabamos de resumir.

Es imposible dejar de comprobar su perfecto encadenamiento. El Dios-Sol y sus compañeros, blancos y barbudos como él, desembarcan en la costa atlántica de México. Con el apoyo de los toltecas, Quetzalcóatl se impone en el Anáhuac, a cuyas poblaciones aporta religión y cultura.

Organiza una expedición al Yucatán donde, conocido como Kukulkán, emprende con la colaboración de los itzáes una tarea semejante que termina en una sublevación indígena. De vuelta al Anáhuac, indignado por el comportamiento de los Blancos que había dejado allá, abandona el país embarcándose en el Atlántico, lo que elimina toda interpretación mítica de sus hazañas.

Lo reencontramos, como Bochica, llegando a Cundinamarca, en la actual Colombia, desde los llanos de Venezuela, en cuyas costas atlánticas evidentemente había desembarcado.

Se hace de nuevo a la mar, esta vez en el Pacífico, en barcos de piel de lobo y alcanza el Ecuador donde funda el reino de Quito. Siguiendo para el Sur, llega a la región de Arica y, como Huirakocha, sube al Altiplano donde se establece en las islas y orillas del lago Titicaca e impone su mando a las poblaciones indias que civiliza.

Una sublevación indígena lo obliga a huir, y lo vemos reembarcarse en el Pacífico para un viaje que lo llevará a Polinesia.

Sólo queda en el Perú un reducido grupo de blancos que, después de reorganizar sus fuerzas, marchan victoriosamente sobre el Cuzco y fundan el Imperio de los incas, que perdurará hasta la llegada de los españoles. Nada más coherente, salvo en cuanto a la ya mencionada superposición de dos dioses blancos, que sólo en el país maya las tradiciones distinguen hasta cierto punto, problema éste sobre el cual volveremos en el capítulo IV (*mas abajo*).

Queda por saber si la cronología permite semejante unificación de los distintos relatos. No podemos confiar en las fechas que dan los especialistas: son a menudo altamente fantasiosas, y no es excepcional notar entre dos autores serias variaciones de siglos, cuando no de milenios. Afortunadamente, tenemos dos puntos de referencia exactos y seguros.

El primero es la fundación por Quetzalcóatl - o, si se quiere, la segunda fundación, puesto que ya existían las ruinas de un centro poblado anterior - de la ciudad maya de Chichén Itzá.

Ya vimos que el Dios-Sol bajó de la meseta mexicana unos veinte años después de su desembarco en Panuco y que sólo permaneció unos pocos años en el Yucatán. Ahora bien: conocemos la fecha de su llegada a Chichén Itzá: katún 4 Ahau del calendario maya, vale decir el año 987 de nuestra era.

Por lo tanto, Quetzalcóatl surgió del océano en 967, aproximadamente.

El segundo punto de referencia es apenas menos preciso. Cuando llegaron los españoles, acababa de ser asesinado por su medio hermano mestizo, Atahualpa, el último emperador inca, Huáscar. Sin contar a éste habían reinado doce soberanos, desde Manko Kapak, pero dos de ellos lo hicieron conjuntamente por ser mellizos.

Una generación equivalía, en aquel entonces, a unos veinte años. Así, en la misma época y en condiciones de vida bastante parecidas, para los once reyes de Francia que se sucedieron entre Felipe III, que ascendió al trono en 1270, y Carlos VIII, fallecido en 1498.

La genealogía de los reyes aztecas entre 1375 y 1520 nos da nueve soberanos, con un promedio de dieciséis años por reinado. Ahora bien: Huayna Kapak, el emperador de la undécima generación, murió en 1525. Luego, Manko Kapak fundó su imperio alrededor del año 1300.

Ignoramos, por cierto, la fecha del desembarco de Huirakocha en el Perú.

Pero podemos presumir que tuvo lugar poco después de la partida de Quetzalcóatl de México y que el viaje entre la desembocadura del río Coatzacoalcos y el actual puerto de Arica fue relativamente breve. De ser de otro modo, encontraríamos a lo largo del itinerario del dios Blanco rastros de su estada, cuando sólo hallamos recuerdos de su paso.

Por el contrario, los edificios de Tiahuanacu, sobre los cuales volveremos en el capítulo VII, demuestran que los atumuruna se habían radicado definitivamente en la zona del Titicaca. Salido de México sobre el final del siglo X, el Dios-Sol pudo haberse desplazado hacia el Sur, en sucesivas etapas, durante medio siglo o un siglo.

Llegó a Tiahuanacu, pues, entre 1050 y 1100 y le quedaron unos dos siglos para crear su Imperio y construir su capital inconclusa: más de lo que hacía falta, en cuanto a esta última tarea, si se piensa que en Europa, durante el mismo lapso, se edificaban las catedrales góticas.

En resumen, estamos en condiciones de trazar el siguiente, esquema cronológico:

- 967 Desembarco de Quetzalcóatl en Panuco, Golfo de México.
- 987 Llegada de Kukulcán al Yucatán.
- 989 Regreso de Quetzalcóatl al Anáhuac, reembarco en el Golfo de México y desembarco en la costa venezolana.
- 1050/1100 Desembarco de Huirakocha en Arica, Perú.
- 1280/90 Derrota de Huirakocha en la Isla del Sol, huída y embarco en el Pacífico.
- 1300 Conquista del Cuzco por Manko Kapak y fundación del imperio incaico.

8. Los Héroes Blancos Precolombinos

Las tradiciones de los distintos pueblos considerados se encadenan, pues, perfectamente.

Nos muestran a un grupo de *guerreros Blancos, de tipo nórdico*, que desembarca en la costa mexicana y deja algo de su cultura en el Anáhuac, el Yucatán y zonas adyacentes.

Con el apodo,

- de Quetzalcóatl en el país náhuatl
- de Kukulcán en tierras mayas
- de Votan en Guatemala

- de Zuhé en Venezuela
- de Bochica en Colombia,

...el jefe blanco, que verosímilmente se llamaba *Ullman*, se convierte en el recuerdo indígena, con el tiempo, en un dios civilizador, a pesar de las dificultades encontradas por él durante su estada en los distintos países.

¿Cuánto tiempo dura exactamente el viaje que lleva a los Blancos hasta la costa colombiana del Pacífico, y cuándo muere Ullman? No lo sabemos.

Pero sí la tradición nos muestra a los nórdicos, ya al mando de un nuevo jefe, Heimlap o Heimdallr, llegan en barcos de piel de lobo al Ecuador, donde fundan el reino de Quito, y luego al Perú, donde se radican en la zona del lago Titicaca y empiezan a construir una metrópoli: Tiahuanacu.

Vencidos, después de unos dos siglos, por una invasión de indios chilenos, los Blancos se dispersan. Unos se desplazan por la costa hacia el Norte y se embarcan en balsas que los conducen hasta las islas oceánicas.

Otros escapan del Altiplano y desaparecen en la selva amazónica, donde se encuentran, hasta hoy, sus descendientes.

Unos pocos, en fin, se refugian en la montaña desde donde, con la ayuda de indios leales, reconstruyen su Imperio. La tradición nos permite, gracias a los nombres y títulos que nos ha transmitido, identificar a los blancos que capitaneaba el Dios-Sol.

En efecto, *Ullman* y *Heimlap* o *Heimdallr* son nombres escandinavos, y encontramos el mismo origen para los títulos *sciri* (de *skirr*, puro), *ayar* (de *jarl*, conde) e *inca* o *inga* (de *ing*, descendiente), así como para el apodo *Huirakocha* que viene del antiguo escandinavo *hvitr*, blanco, y *god*, dios